
“Sin Parábolas – Él – No Les Hablaba”

Volumen No. 1

El Buen Samaritano

(Lucas 10:30-35)

“Cierta hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron de sus vestimentas; lo hirieron y lo abandonaron, dejándole medio muerto. Y por casualidad pasó por ahí un sacerdote, y viéndole, pasó de largo.

Asimismo un levita – cuando llegó al lugar, lo miró y pasó de largo. Pero cierto Samaritano que iba de camino, se acercó a él, y viéndole, tuvo compasión, y acercándose, vendó sus heridas echándole aceite y vino; y poniéndole en su propia cabalgadura lo llevó a un mesón y cuidó de él. A la mañana siguiente, al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: ‘Cuídale; y todo cuanto gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese’.”

Un abogado – obviamente un hombre pensante – le había preguntado a Jesús: “¿Quién es mi prójimo?” y como respuesta, él le dio esta historia de El Buen Samaritano.

“Cierta hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron de sus vestimentas; lo hirieron y lo abandonaron, dejándole medio muerto”. Descendía de Jerusalén (definido en parte en el Glosario de CIENCIA Y SALUD, como “hogar, cielos”) a Jericó (que significa “fragante” y es un símbolo para

'*sensualismo*' en la Biblia), lo cual implica que iba en la dirección *equivocada*. Representa el abandono de la base *espiritual* del discernimiento en donde el hombre se encuentra 'en casa', a cambio de una forma de razonamiento de base *sensoria*, aceptando como cierto todo cuanto los sentidos *materiales* informan. Esto pronto le *roba* al hombre el flujo del pensamiento *íntegro* con el cual tiene derecho a ser revestido, y lo puede dejar casi despojado tanto física como mentalmente.

Si un hombre ha disfrutado de aquello que está simbolizado por el término "Jerusalén" – en este caso, del *avivamiento* del *discernimiento* y la *conciencia, espirituales* – pero **no** continúa morando en ese reino, y por el contrario desciende y cae en alguna especie de *sensualismo*, se encontrará temporalmente despojado de las cualidades *espirituales* que disfrutó en la cultura *espiritual* de "Jerusalén". – Esto le provocará más sufrimiento que a otro que *ignore* lo espiritual; sentirá que ha *perdido* profundamente, debido a que su naturaleza *espiritual* ya había sido 'despertada'.

"*Y por casualidad pasó por ahí un sacerdote, y viéndole, pasó de largo*". El sacerdote representa: una perspectiva *limitada* por una mentalidad *estrecha* demasiado satisfecha y preocupada por la enseñanza *dogmática* de su propia forma parroquial particular, la cual *difícilmente* se da cuenta de todo cuanto requieren aquellos *fuera* de su propio 'rebaño local', y hace muy poco por ayudar. Este estado de mentalidad está *dormido* en una llamada 'espiritualidad', y **no** levanta un dedo para hacer el bien.

"*Asimismo un levita – cuando llegó al lugar, lo miró y pasó de largo*". El 'levita' representa un tipo de pensamiento altamente desarrollado para *criticar y condenar*. Ve a alguien en problemas, y con frecuencia 'analiza la causa del problema' que cree ver, desde su supuesto punto de vista *moral* basado en una opinión *personal*, y ahí se queda 'dándole realidad'. **No** hace nada *constructivo* o *benéfico* para 'ayudar', y simplemente sigue de largo,

satisfecho con su *crítica y análisis*. – *Condena y mortifica* a aquéllos que se ‘apartan’ de sus estándares de juicio, y los deja con el pensamiento: “Tú has hecho mal; no me sorprende que estés sufriendo”.

Si bien es cierto que Jesús utilizaba a los miembros de la clase sacerdotal para ejemplificar estos puntos, nosotros debíamos tener claro que estas actitudes *erróneas* pueden aplicarse a todos nosotros – *sin* importar la profesión de fe que tengamos, o incluso si *no* profesamos fe alguna. Por ejemplo, un practicante de la CIENCIA CRISTIANA en ocasiones trata de “pasar de largo” diciendo que él puede tratar un caso *metafísicamente* sin tener el menor conocimiento *humano* acerca de su paciente – como un *individuo* con una necesidad particular especial. Se reviste de *flojera* como una forma de *espiritualidad* – aunque **no** hay nada en los Evangelios **ni** en las enseñanzas de la CIENCIA CRISTIANA que indiquen que ‘ésta’, sea la actitud ‘correcta’. La Sra. Eddy habla de los peligros de consentir con la personalidad – pero uno de sus grandes peligros es cuando nos *evita* la expresión de una ‘humanidad genuina’. Resultaría difícil amar a alguien **y** a la vez ser fríamente impersonal – y sin embargo el amor **ES** el elemento sanador que la Sra. Eddy recomienda. Ella pregunta: “Si hay carencia de afectos desinteresados, y el sentido común así como la humanidad común son *ignorados*, ¿cuál cualidad mental queda con la cual evocar la curación desde el brazo extendido de la justicia?” (C&S 365:12-15). Aquél que tocó al leproso y tomó a la muchacha de la mano, “gimió en el espíritu” *antes* de levantar a Lázaro, y lloró al entrar a Jerusalén, fue un hombre movido por las realidades de los sentimientos *humanos* que hicieron que *alcanzara* lo divino; y lo hizo al *cumplir* con la declaración: “La *divinidad* de El Cristo fue manifestada en la *humanidad* de Jesús” (C&S 25:31-32), porque el estremecimiento *humano* que alguien siente, es realmente su *divinidad* saliendo a la superficie. El maravilloso Jesús *humano* siempre se movió de inmediato hacia más allá de la propia naturaleza-Cristo con la que estaba tan familiarizado, y la cual siempre está *disponible* para nosotros, para que nos volvamos a ella, especialmente cuando somos *motivados* lo suficiente como para *movernos* lo suficiente de manera que se convierta en nuestro todo-en-todo.

“*Pero cierto Samaritano que iba de camino, se acercó a él*”. El Samaritano simboliza ese ‘estado del pensamiento’ que por lo regular **no** expresa interés *religioso* alguno, pero que *está alerta* en la ‘práctica’, ante las *necesidades* de la humanidad tanto en lo *general* así como en lo *particular*. Los judíos no tenían relación con los samaritanos, y así, al ejemplificar por medio del *Samaritano*, Jesús está *incluyendo* a un miembro de una raza *despreciada* por su propio pueblo. Con eso estaba mostrando que la *complacencia religiosa* a menudo *ciega* al individuo ante las *verdaderas necesidades* de la humanidad, en tanto que aquellos *comprometidos* en una vida más *práctica*, tan solo por eso se hacen más *conscientes*. El Maestro estaba dando una reprimenda a la *falta* de aplicación de la llamada *espiritualidad*, ‘satisfecha en sí misma’. Él mismo jamás habría sanado a nadie si hubiera optado, debido a la ‘complacencia personal’, para permanecer *distante y abandonar* el caso, tal como el espíritu inmundo le suplicara en el caso del hombre en la sinagoga de Capernaúm (véase Marc. 1:23-27).

“*El Samaritano... se acercó a él*”, y la Sra. Eddy indica la *importancia* de esto cuando escribe: “Si quisiéramos abrir las puertas de su prisión a los enfermos, tenemos primero que *aprender* a vendar a los quebrantados; si quisiéramos sanar por el Espíritu, **no** debemos esconder el talento de la curación *espiritual* bajo el sudario de su ‘forma’, **ni** enterrar el *espíritu* de la CIENCIA CRISTIANA en las vendas de su *letra*. La palabra tierna **y** el aliento cristiano que se da al enfermo; la compasiva *paciencia* con sus temores **y** la *eliminación* de los mismos, son mejores que hecatombes de ‘teorías verbosas’, que la *repetición* de ‘discursos trillados ajenos’, y que la ‘limosna de argumentos’, que **no** son sino otras tantas *parodias* de CIENCIA CRISTIANA legítima, que *arde* de Amor divino”. (C&S 366:30-9)

El sacerdote ejemplifica la clase de *pensamiento* que se ‘enorgullece de sí mismo’ en su *comprensión* de la CIENCIA, y que dice *descuidadamente* a alguien que requiere de ayuda: “Él, *no* ha sido atacado por los pensamientos que lo han despojado, así que se encuentra *bien*”. El Samaritano quizá se acercó al hombre con el mismo criterio en su

pensamiento, pero con la *diferencia* de que poseía un ‘amor *desinteresado*’ que **no** atribuyó al hombre su creencia de que había sido despojado. Cada vez que hubo necesidad de *ayudar* a alguien, Jesús jamás dejó a un hombre tan solo con el sentido de: “Yo sé que está bien”, sino que *profundizó* hasta que aquél *también* supo esa verdad **y** se *identificó* con ella. Él prosiguió hasta la *eliminación* del error de la creencia, justo donde esa creencia se obtuvo.

“*Y cuando lo vio, tuvo compasión de él*” – la *verdadera* compasión **no** es una ‘aceptación’ de la *horrible imagen* presentada por los sentidos, sino que está hecha del gozo de ser capaz de *satisfacer* la necesidad **y** de *elegir* rápidamente al individuo fuera de dicha *imagen*. Esta certeza *científica* **no** viene al azar, sino por *concientizar* que la ‘norma de la curación’ está “basada sobre su Principio divino, el Amor, que está por debajo, encima y alrededor de todo ser verdadero” (C&S 496:18-19). *Dondequiera* que Jesús fue movido a compasión por un individuo, en realidad fue movido por la *presencia de* Principio. El Samaritano *vio* la necesidad, pero de *inmediato* fue *lleno* de la alegría curativa de saber que la necesidad **ya** estaba satisfecha por medio de la *presencia de* Principio.

El *buen* maestro, cuando *encuentra* un alumno *tropezando* con un problema, tiene una ‘actitud’ semejante – se da cuenta dónde está el alumno, pero de inmediato se regocija con el alumno de *solucionar* todo correctamente. Esta actitud *carece* de arrogancia y de sentido de superioridad, y posee más bien la *verdadera familiaridad* de unirse a alguien más al utilizar las vías o medios **de** Principio. La forma *correcta* de compasión **no** implica la ‘simpatía con el error’ **ni** el ‘consentir’ con el problema como si *fuera* una realidad, sino la *alegría* de unirse con Principio **y** con el otro individuo para *encontrar la respuesta ya* establecida que Principio mantiene. Con el celo de Jesús, uno siente que él se mantenía *sobre* toda ilusión, caminando sobre las aguas de la mente *mortal* (véase Un. 11:3-49) – jamás *mezclándose* con el sufriente, en el abismo de la desesperación.

El Samaritano **no** condenó al hombre por el lamentable estado en el cual se encontraba, tal como Jesús *tampoco* condenó a la mujer encontrada en adulterio ni le dijo: “*Tú no debiste haberlo hecho*”. El Maestro jamás comenzó aceptando el punto de vista *humano o material*, y por eso es que pudo traer tanta *inspiración y consuelo*. Únicamente si nosotros tomamos, tal como él lo hiciera, a nuestro “Hijo del hombre” dentro “del cielo” – lo metemos *dentro* de la atmósfera de El Alma donde **no** existe *materia ni* nombre *mortal ni* mente *mortal* de los cuales ‘crear’ pecado, enfermedad ni muerte – es que *verdaderamente* podemos ayudar o *sanar*.

“*Y acercándose, vendó sus heridas echándoles aceite y vino*” – a través del gozo **y** la certeza de que ‘**no** hay nada que sanar’, *excepto* un ‘concepto erróneo’ que bien puede ser vendado de inmediato del pensamiento perturbado y auto-condenatorio del individuo, al asegurarle de que **no** hay nada que temer, y que todo está bien. Eso comienza de inmediato a *unificar* el pensamiento lastimado *alineándolo* con su normalidad. “La práctica científica cristiana comienza con la nota tónica de armonía del Cristo: ‘¡No temas!’... Comiencen siempre su tratamiento disipando el temor de los pacientes. En silencio asegúrenles que son inmunes a la enfermedad y al peligro. Observen los resultados de esta sencilla regla de la CIENCIA CRISTIANA, y encontrarán que ella alivia los síntomas de toda enfermedad. Si tienen éxito en remover completamente el temor, su paciente queda sanado” (C&S 410:29-30 y 411:27-1).

El verter aceite y vino **no** puede referirse a alguna forma de tratamiento *físico*, porque el aceite y el vino **no** sirven para ningún propósito *curativo*, por lo que Jesús tuvo que haberse referido al “óleo de la alegría” y al “vino de inspiración”. “El pobre corazón adolorido necesita de su legítimo nutrimento, tal como paz, paciencia en la tribulación, y un sentido invaluable de la amorosa bondad del Padre” (C&S 365:31-2).

El óleo de alegría ha ‘lubricado’ incontables condiciones. Un “sentido de humor” siempre ha *aminorado las cargas*, **y** ha *establecido una atmósfera superior* a la depresión y el abatimiento. Jesús vertió su

“aceite” más verdadero cuando le dijo al hombre paralítico: “Hijo, ten buen ánimo; tus pecados te son perdonados” (Mat. 9:2). El aceite vertido tiene lugar por medio de la *impartición* de la certeza **y** el gozo, *científicos*, **y** por medio de la introducción de la *esperanza* de la curación **y** la bendición, con los cuales todo el escenario se ilumina. El pensamiento es dirigido *fuera* de lo ‘físico’, y consagrado con frescura a lo espiritual.

El vino de inspiración es vertido cuando al individuo le es mostrado que **ya** cuenta con toda la fuerza **y** la inspiración que necesita para ser elevado *fuera* de la depresión (o de lo que sea), así como de sus *consecuencias* ‘aparentemente físicas’.

La Sra. Eddy se refiere a “el templo de El Santo Espíritu” como “el poder espiritual del paciente para resucitarse a sí mismo” (C&S 365:28-30), y esto es lo que tiene que ser *despertado y vivificado* en acción. Jesús dio este vino de inspiración a todos cuantos sanó. Él les mostró que contaban *dentro* de ellos mismos con la inspiración *dinámica* que requerían y que ‘llamaba a expresarse’. Le dijo a la muchacha: “Niña, a ti te digo: ¡Levántate!” (Marc. 5:41); y al hombre en el Estanque de Betesda: “¡Levántate; toma tu lecho; y anda!” (Juan 5:8). Y al hombre en la sinagoga que tenía la mano seca, dijo: “¡Extiende tu mano!” (Mat. 12:13) – él no dijo, tal como un ‘hacedor de milagros’ diría: “*Tu mano está sanada*”, sino que le **ordenó** extender su mano – haciendo un llamado al hombre para que demostrara su habilidad individual, y con ello disfrutara del estímulo de dicha habilidad. En cada caso el individuo *despertó* a su propia *habilidad* para *salir* de la condición en la cual *parecía* haber estado. Jesús nunca estuvo utilizando el ‘poder de la voluntad’, sino *elevando* al individuo a la *inspiración* de su propio carácter – de la forma *indivisible* de su *Ser único*. La mujer que había estado encorvada durante dieciocho años – que había sido tan ‘devota a un deber que cargaba sobre sus hombros’ – el cual es una *forma sutil de egotismo* que la había atado con su peso – *descubrió* la exaltación de ser “una verdadera hija de Abraham” – *sintió* el gozo de la *libertad y la iluminación* a la que siempre había tenido derecho, puesto que era *innato* en ella como idea liberada **de Principio** (véase Luc. 13:10-17).

“Y lo puso en su propia cabalgadura” – el Samaritano levantó al hombre hacia él – lo puso sobre su propio nivel de pensamiento; lo puso junto con aquello que él estaba cargando en ese entonces – lo puso sobre el entendimiento que le había conferido Principio. Jamás podremos poner a nadie sobre *nuestra propia* bestia hasta que lo hayamos ‘traído’, como respuesta a Principio.

Esto apunta al hecho de que el tratamiento en la CIENCIA CRISTIANA es algo *sagrado* que, hablando en forma general, **no** debiera darse *a menos* que le haya sido solicitado a uno. Si alguien nos pide ‘ayudar’ a otro, tendremos que ponerlo sobre nuestra propia bestia –sobre *nuestra propia* conciencia – y *nulificar* la *creencia* que lo afecta – *tanto* para uno mismo como para el otro.

Mientras permanezcamos viendo ‘un paciente que requiere ayuda’, será tanto ‘nuestro’ problema como del ‘otro’. **No** podemos mirar a un paciente con *superioridad*, lanzándole alguna verdad. El *todo* es parte de *nuestra propia* relación, desplegándose **para** Principio. Es una oportunidad *individual* para aclarar *nuestro propio* pensamiento. “Es charlatanería mental hacer de la enfermedad una realidad —considerarla como algo que se ve y se siente— y luego intentar su cura por medio de la Mente. No es menos erróneo creer en la existencia real de un tumor, un cáncer o pulmones deteriorados, mientras abogáis contra su realidad, que para vuestro paciente sentir esos males en la creencia física” (C&S 395:21-27). **No** basta tratar de ‘*aplicar la verdad como un cataplasma*’. O el individuo ES la verdad, o de lo contrario la verdad **no** es verdad sino simple teoría.

Si alcanzamos a nuestro paciente por medio del Amor divino (es decir, si **no** vemos más que la *perfección*), entonces *tiene lugar la curación*. “Si el Científico Cristiano atiende a su paciente por medio del Amor divino, la obra sanadora se realizará en una sola visita” (C&S 365:15-17), pero tal vez eso requiera

de *muchos* tratamientos por parte de nosotros, que nos conduzcan a ese punto de *concientización* en donde nos habremos *movido* desde la *argumentación* hasta el verdadero *Espíritu*. Una cosa es *tratar* de elevar a nuestro paciente hacia nuestra propia bestia a través de *argumentos*, y otra el conseguir *colocarlo* de plano en nuestra conciencia-Cristo por medio del *reconocimiento* pleno de la presencia **de** la Verdad **en** él – esto lo conducirá a la posada – al cielo del Alma – justo donde el Alma ES el posadero y se hará cargo de él.

Jesús jamás podría haber *sanado* a alguien, *si* hubiera *pensado* que: él tenía que considerar al error como *real*, identificando al error **con** su paciente – por eso dijo que el Samaritano colocó al hombre sobre su propia bestia – y debió haber querido decir que él trató todo este asunto *en su* propia conciencia, *como* una mentira, que tenía que ser *detectada y rechazada*. Tuvo que haber llegado a ver que para él, era una mentira.

Al decirle Jesús al parálítico: “Hijo, ten ánimo; tus pecados te son perdonados”, podemos sentir el gozo **sin** carga de dichas palabras, porque él tenía esta convicción *absoluta* de que: ‘la mentira era mentira’, **y** que ‘*nada* tenía que ver con el hombre’. La Verdad era completamente *real* para él, y se vertía *dentro* del pensamiento en su realidad. Él no tenía nada presente sino a Dios y a Su expresión – **ni** por un instante iba a participar en hacer del error algo ‘real’, bajo el pretexto de que ésa era la ‘forma de ayudar’ al paciente de que el error era irreal. “Él no necesitó ciclos de tiempo **ni** de pensamiento para madurar el estado de perfección **y** de sus posibilidades” (Un. 11:24-26). Él, **no** podía tener otros dioses delante del “*Mí*” del Espíritu. Nosotros somos propensos a considerar al *tiempo* como un ‘gran dios’, *antes* que a la presencia de la perfección, ¡pero esa perfección *presente* es todo cuanto Principio conoce! El Maestro **no** tenía tal actitud de “el paciente tiene que practicar el amor (o lo que tuviera que practicar), ‘antes’ de que pueda estar bien...” En lugar de pensar que *alguien* más *tiene* que mejorar algo, somos *nosotros* quienes tenemos que mejorar, rechazando *de*

inmediato al error como error. El error **no** existe, y *jamás* ha existido como verdad, por lo que *nosotros* tenemos que aferrarnos a esto, **sin** consentir con el error “ni por afinidad ni por debilidad” (Un, 57:15-16).

“*Y lo llevó a un mesón y cuidó de él*”. El mesón representaba en aquella época, ‘protección del mundo *exterior*’, debido a que el viajar tenía sus peligros, y era dentro de una posada, donde los viajeros podían descansar con cierta tranquilidad. El Samaritano trajo a su paciente a un santuario *temporal* donde pudo tranquilamente alcanzar su *propia* inspiración que le había sido dada; un lugar donde el proceso de hallar o curarse *a sí mismo* podía continuar **sin** impedimento alguno. La Sra. Eddy toca este punto cuando dice que: “Resulta importante en la práctica metafísica, que las mentes que rodeen a su paciente no actúen *contra* la influencia de ustedes, al expresar continuamente opiniones tales que puedan alarmar o decepcionar – ya sea expresando consejos antagónicos o pensamientos no expresados relacionados con su paciente. En tanto que es cierto que la Mente divina puede remover cualquier obstáculo, aun así ustedes necesitan ‘el oído del oyente’... Está bien permanecer a solas con Dios y con el enfermo al tratar la enfermedad” (C&S 424:15-22 y 26-27).

Para cuidar *verdaderamente* de alguien, tiene que haber un santuario tranquilo de pensamientos para que con la *inteligencia* del amor (que es lo que significa el *verdadero* cuidado), podamos observar el *estado mental* del paciente **y** discernir *espiritualmente* lo que es mejor para él en tales circunstancias. Por medio de *nuestra propia cercanía* a Principio, podemos dar lo que se requiere – ni más ni menos. Ése es el amor *desinteresado* que es parte *esencial* de la práctica de la CIENCIA CRISTIANA.

“*A la mañana siguiente, al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: ‘Cúidale’*”. El practicante sabio sabe que resulta de importancia *vital* colocar a su paciente en el santuario y en la seguridad de la “posada” – la presencia del Alma que *todo* lo abarca. Tanto él como su paciente *no* están simplemente trabajando en ‘algo’, sino que Alma *está presente*,

mostrando las maravillas de la perfección. “El Alma cuenta con recursos infinitos con los cuales bendecir a la humanidad” (C&S 60:29), y cuando tanto el practicante como el paciente son conducidos a la “posada” de este *reconocimiento* que en realidad es una *expansión de la convicción de la presencia de Dios que está desplegándose*, entonces se encontrará que todo sustenta el *reconocimiento* de la salud – la *certeza y la alegría* en ellos dos. La *verdadera* curación no culmina en la restauración del individuo a un *sentido* de salud, sino que lo lleva más adelante hacia una *fase nueva de concientización* de la presencia **de** Principio para él **y** para toda la humanidad.

“El Científico Cristiano genuino aumenta el poder *mental y moral* de su paciente, y desarrolla la *espiritualidad* de éste al restablecerlo físicamente por medio del Amor divino” (C&S 375:17-20), y en esta parábola el llevar al hombre a la posada simboliza esto. En el santuario del Alma, el Samaritano dejó a su amigo para que pudiera verdaderamente *darse cuenta* de la maravilla de toda la experiencia. La Sra. Eddy habla de tumores, úlceras, etc., como “sombras de sueños diurnos” (C&S 418:32), y el Salmista dijo: “Yo, estaré satisfecho cuando despierte con Tu semejanza”. Tales dichos ejemplifican el *verdadero* propósito de la curación en la CIENCIA CRISTIANA, el cual es: despertar el pensamiento a la Verdad que está siempre presente, esperando ser reconocida.

El Samaritano llegó a la posada tan *bien* como su paciente. Con nuestro trabajo *bien* hecho, nosotros también llegamos al gozo del *reconocimiento* del Alma. “El Alma es la única conciencia *verdadera* que conoce al ser” (Rud. 5:18-19). Debíamos sentir *alegría* en la curación; *gozo* en el descubrimiento de Dios. Si el Científico alcanza a su paciente por medio del Amor divino, habrá *entrado* a la *experiencia* del divino Amor con su paciente. Ésa es la razón por la que estas palabras son ciertas: “*Su* recompensa está con Él”.

Nuestro trabajo jamás estará terminado *hasta* que nos encontremos *percibiendo un nuevo aspecto de Dios*. *Hasta* que hayamos visto algún *nuevo aspecto de Dios* por medio de nuestro paciente, *no* lo habremos visto verdaderamente a él. La Sra. Eddy señala esto cuando dice: “Jesús veía en la Ciencia al hombre *perfecto*, que aparecía a él donde el hombre *mortal* y pecador aparecía a los *mortales*. En este hombre *perfecto*, el Salvador vía la propia *semejanza de Dios* – y esta manera *correcta* de ver al hombre, *sanaba* al enfermo” (C&S 476:32-4). Era la *inmediata* percepción hasta Dios, hasta que veía **a Dios** y **sólo** a Dios, aquello que hizo que las ‘curaciones’ de Jesús fueran instantáneas.

La entrega de dos denarios indica que el Samaritano *sabía* que el proceso *ordenado, claro y purificador* simbolizados por el Segundo Día de la Creación, estaba **ya** en acción en la conciencia de su amigo. Él le había dado la luz simbolizada en el Primer Día de la Creación, y ahora estaba satisfecho en permitir que esta iluminación *actuara* en el pensamiento del hombre y *actuara* en la forma *correcta* para su estado y nivel particular de conciencia. El Segundo Día nos habla del firmamento separando las aguas de arriba de las de abajo, y en este caso ese proceso se manifestaría en que el individuo comenzara a *entender* que él se había apartado del *reino del bien*, del pensamiento saludable (“las aguas de arriba”), habiendo entrado al *reino inferior* del pensamiento *mortal* (“las aguas que estaban debajo del firmamento”). Él vería la *diferencia* entre los dos – la diferencia entre el ‘sueño mortal’, **y** la ‘viviente realidad *espiritual*’ – y recobraría su estatura *natural* por medio de la *aceptación* de los verdaderos valores y la *obediencia* al *nivel superior* del buen vivir humano. Como el Samaritano, nosotros debíamos esperar que el paciente esté *receptivo* a la Ciencia y a su *despliegue* en su pensamiento; debíamos esperar que él sea *conducido* a “la tierra seca” de la *convicción* **y** la *certeza* ejemplificadas en el Tercer Día de la Creación.

“*Y todo cuanto gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese*”. El Samaritano estaba suficientemente *alerta* para saber que *si* alguna sugerencia pretendiera ‘regresar’, era justo en ese ‘punto de plenitud en la posada’ donde debería *encararse* para *jamás* ‘regresar’. Únicamente si hubiera una ‘recaída’ en *nuestra propia* conciencia o en la *del* paciente en relación a sí mismo, es que tendremos que *regresar y aclarar* completamente nuestro pensamiento, hasta que hayamos *pagado* toda la deuda a Principio con una moneda posterior. El recuento Bíblico es que de vez en cuando, luego de que sanar a alguien, Jesús lo buscaba de nuevo (como en el caso descrito en el Capítulo 5º. del Evangelio de Juan: el hombre en el estanque de Betesda a quien más tarde encontró en el templo y le habló) – el Maestro vio que se *necesitaba* algo *más* en la curación, para *elevarlo más allá* de una simple ‘fe’, hacia la ‘comprensión *espiritual*’, lo cual es la *actividad* de la Ciencia. Y así, debido a las *creencias humanas*, en ocasiones seremos atrapados en un ‘sentido de satisfacción de que *verdaderamente* lo merecemos’, que tendremos que *vigilar* que **no** impida nuestro trabajo *hasta que toda* la conciencia sea llevada a la *sumisión* absoluta hacia la Ciencia y su armonía, tal como es visto en ese caso específico.

El Samaritano **no** hizo intento alguno por *limitar* ‘la cantidad de bien que se iría desplegando en el hombre’, después que le fue restaurada la salud. Él **no** presumió que la obra **de** Principio estuviera terminada tan solo porque ‘la evidencia’ así *parecía*. Él se *negó* a limitar a Principio en relación a otro individuo. A menudo luego que un practicante siente que ha *cumplido su parte* con lo mejor de su habilidad en ese momento, el trabajo hecho alcanza “las coyunturas y los tuétanos” y descubre *algo más* que sale a la superficie. Entonces pudiera ser llamado una vez más, y él debiera estar dispuesto a hacerlo “hasta setenta veces siete” – es decir, hasta que una *verdadera* búsqueda en conciencia lo lleve a la conformidad *plena y completa*, acorde con los *hechos* de la Ciencia.

El Samaritano vio que el proceso de curación estaba *en camino* y que **no** podía ser ‘detenido’; pero él **no** ordenaba a Principio el tiempo que el hombre se llevaría en *aceptar* la Verdad **ya** establecida en su ser, para ponerse de pie sin más ayuda. A cada paso del camino, el Samaritano se mantenía *obediente* a Principio. Él era demasiado sabio como para tratar de ‘poner sobre sus hombros’, la responsabilidad que le pertenecía sólo a Principio. Fue debido a su *humildad* ante Principio, que supo *cuándo* hacerse a un lado **y** dejar la labor a Dios. *Cuándo* ayudar **y** *cuándo* dejar de ayudar, es un aspecto del *arte de la práctica de la CIENCIA CRISTIANA*, que *sólo* puede ser adquirido a través del *despliegue* de la *espiritualidad*.

Cuando Jesús dijo a sus discípulos: “Es necesario para ustedes, que *Yo* me vaya”, él sabía que había hecho su labor **y** ahora era ‘tiempo de dejarlos’. Como en el caso de una madre, un tutor o un amigo, en ocasiones lo más difícil es discernir el tiempo *adecuado* para desaparecer; pero si estamos gobernados **por** Principio, sabremos el tiempo *correcto* – **ni** muy pronto **ni** demasiado tarde. La pájara *conoce* el tiempo correcto para dejar de alimentar a sus crías, **y** hace que éstas extiendan sus *propias* alas. Esto es tan *natural* para el hombre como para las aves, cuando en su vida ha permitido que *Principio* gobierne **y** mantenga el mando. Cualquier grado de creencia en la *personalidad*, puede desequilibrar tal proceso e inducir al hombre a *prolongar* su ayuda al grado que ‘la inspiración se *desvanece*’ y ‘los propios pensamientos de vigilia del individuo son *frustrados*’.

El Samaritano se había comportado todo el tiempo *acorde* a las normas, tal como el *siervo de* Principio en esta esfera particular, sabe que por medio de su *obediencia* a Principio, *cómo* ayudar y guiar a su pupilo, al punto donde puede ‘soltarlo’. **No** hay mayor *familiaridad*, que la de *llevar* a un amigo al punto donde vea que ahí se ha *encendido* su ‘habilidad individual’ para expresar a Principio. Entonces le *deja* ahí, **y** **no** interfiere con aquello que esté ocurriendo por medio de la *certera* acción **de** Principio.

La Sra. Eddy dice: “Al igual que el gran Modelo, el sanador debiera hablar a la enfermedad como quien tiene *autoridad* sobre ella, *permitiendo* que el Alma *domine* los falsos testimonios de los sentidos corporales y *afirme* sus reivindicaciones sobre la mortalidad y la enfermedad” (C&S 395:6-10), y también dice: “El curso que verdaderamente debiera seguirse es *destruir* al enemigo y dejar el campo a Dios, Vida, Verdad y Amor, recordando que *sólo* Dios y Sus ideas son reales y armoniosos” (C&S 419:4-7). Cuando el Samaritano dejó al hombre en el mesón, lo dejó con la *convicción* del metafísico que hace **de** Mente su propia base de *operación* al tratar con un caso, lo cual lo conduce *naturalmente* a una relación *fructífera* con las ideas **de** Principio y con aquéllos que tienen necesidad *directa* de su cercanía. El Maestro, por tanto, dejó en claro que *nuestra* cercanía, y la *cercanía* con otros, va en *función directa* a nuestra cercanía **con** Principio – tal como se *prueba* por nuestra “capacidad para responder”.

La pregunta que dio pie a esta maravillosa parábola, fue formulada por el abogado, con estas palabras: “Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?” Cualquiera que *practique* su *comprensión* de la Ciencia en la forma ejemplificada en esta historia, de hecho *descubrirá* que habrá *encontrado* la forma de heredar la vida eterna a la que todos tenemos derecho. Al *admitir y responder* a las cualidades de carácter que en sí mismas son *eternas*, la *conciencia* queda *impregnada y poseída* por lo eterno.

Todo aquél que ‘intente’ *humanizar* esta parábola e *interpretarla* como una glorificación para satisfacer las necesidades *humanas* físicas por medio de medios *humanos*, habrá *extraviado toda* la imagen y *todo* otro aspecto de la enseñanza de Jesús. Habrá *perdido* las Beatitudes de esto dentro de las simples trivialidades *humanas*.

Cuando la Sra. Eddy dice: “El Amor divino siempre ha respondido y siempre responderá a toda necesidad humana” (C&S 494:10-11), ella implica exactamente lo que afirma; pero la necesidad *humana* **no** es tan solo la curación de un cuerpo *físico* **ni** de alguna otra condición. La necesidad *humana* es: que los pensamientos de los individuos *deban* ser puestos bajo la *sujeción* de las verdades *divinas* y *espirituales* relativas a la situación en lo particular. Ésa es la necesidad *humana*, aunque naturalmente se manifestaría en la esfera simbólica de la experiencia *individual*, es decir, en su ‘creencia’ de una existencia o ambiente *corpóreo*. El Amor divino satisface la necesidad *humana* al cambiar el pensamiento humano por comprensión *divina*; y dicha comprensión *divina* muestra que ahí **no** hay condición *física* **ni** *mental*, alguna, que se requiera para *alcanzar* la armonía.

La armonía **ya** está presente, y es la *única* experiencia del hombre, por lo que **no** hay nada que ‘vencer’, excepto nuestra *comprensión errónea* de que ‘ahí hay algo que corregir’. La necesidad *humana* de la Sra. Eddy quedó satisfecha cuando el Amor *divino* le reveló “la Vida *en, y del* Espíritu; siendo esta Vida la *única* realidad de la existencia” (Misc. 24:17-18). *Si* nosotros *moráramos* en dichas palabras, entonces veríamos que su sentido es que jamás ha existido nada que ‘vencer’ ni en el *carácter* ni en la *existencia corpórea*, ya que siendo “la Vida *en, y del* Espíritu,...(y) esta Vida la *única* realidad de la existencia”, ésta se haría cargo de *todas* las dudas y tropiezos del razonamiento *humano*. El Samaritano *sabía* que la *verdadera* curación se llevaría a cabo en el mesón – en el santuario de “la Vida *en, y del* Espíritu; siendo esta Vida la *única* realidad de la existencia”. Y él vio que aunque ‘tomara tiempo’, el paciente tenía que ser *admitido* para morar con esa Verdad, *hasta que ésta impregnara* su conciencia y él *respondiera* totalmente, *comprendiendo* que **no** había ‘sido sanado’ de algo *opuesto* a la Verdad, sino tan solo de una *creencia* de que ahí podía haber algo *opuesto* a la Verdad.

Resumiendo la parábola completa – ésta *ejemplifica* los motivos, la visión o perspectiva, y la obra de un buen practicante. El practicante se hace *consciente* de alguien con necesidad de ser ayudado, y *de inmediato* acude a donde el individuo está – al nivel de pensamiento del ‘necesitado’. Venda las heridas de la auto-compasión y el auto-desprecio, *silenciando* la repetición del error. Entonces dirige el pensamiento *del* individuo, **y** espera por la respuesta acorde a los símbolos de verter tanto aceite como vino. Pero **no** deja al paciente en ese punto, sino que lo eleva al gozoso flujo del pensamiento espiritual positivo sobre el cual él mismo está cabalgando, hasta que el paciente está *suficientemente* establecido en la verdad como para soltarlo – pero **no** en una *posición vulnerable*, sino en un área y en una atmósfera de *pensamiento* donde su pensamiento **no** se verá indebidamente afectado por las condiciones *externas* que lo rodean. Después el practicante, *sabiendo* que todo cuanto ha llevado a cabo ha sido inspirado **por** Principio – de quien es *siervo* – cuenta con suficiente entendimiento de dicho Principio para darse cuenta que el proceso de ajuste del pensamiento en el paciente hacia una comprensión pura de su propia bondad y plenitud, se llevará a cabo sin la menor duda. Esto está simbolizado por el dar al mesonero los dos denarios, simbolizados con el *Segundo* Día de la Creación **y** de su *propósito*. Entonces toma la previsión en caso de que el paciente tardara en arribar a ese Tercer Día de la Creación simbolizado por la convicción de “la tierra seca” – es decir, él **no** está limitando **a** Principio, sino que toma en cuenta que Principio lleva a cabo *Su* propia obra ‘a Su manera’, cuando dice al posadero: “y todo cuanto gastes de más, cuando regrese te lo pagaré”.

De principio a fin, toda la parábola pudiera ser considerada por cualquiera, como una *guía a la verdadera práctica impersonal* que así involucra la *totalidad* del hombre en sus *respuestas al* Amor.

